

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Los bailes de Carnaval

Si los bailes a la usanza de nuestros días son inmorales y absolutamente reprobables en todas las épocas del año, los de Carnaval con sus antifaces, con que se tapa la poquísima vergüenza que aun podría haber en el fondo del corazón de nuestra juventud, resultan inmorales.

Creo yo que en las orgías paganas no descendía tanto el termómetro del pudor como en los bailes de Carnaval, compuesto de hijos de la Iglesia Católica, cuyas frentes todas han sido bañadas con las regeneradoras aguas del bautismo, y cuyos pechos han recibido más de una vez la visita del Altísimo y Purísimo Dios de la Encarnación; y ¡ay!, tal vez muchos, muy pocas horas antes. Es horrible el furor con que los cristianos se entregan a las orgías de Carnaval, pisoteando todos los fueros del pudor y moral católicos, con una tranquilidad de conciencia que espanta.

La educación sibarítica y de molición, que en nuestros días se da a la juventud, enerva todas sus actividades y energías para el bien, desarrollando su vitalidad de una manera pasmosa para buscar el placer y la diversión. Y lo triste es que, aun entre las personas que pasan por piadosas, a esas báquicas orgías e impúdicos bailes de carnaval, han dado en llamar exigencias sociales, de las cuales no se puede prescindir sin hacer el ridículo, y que los tiempos evolucionan y hay que tomarlos como se presentan; que la piedad y la virtud no están reñidas con las diversiones, (honestas concedo) y otros cuantos tópicos por el estilo, con los cuales muchas almas buenas pretenden tranquilizar su conciencia, y no ven, las muy ciegas, que tienen encendidas una vela a Dios y otra al diablo. La piedad de estas almas es algo arqueológico, que si no está completamente extinguida, le recubre amarillenta pátina, que le quita todo su esplendor.

¡Niña, niña, cuya alma cándida e inocente aun no ha sido agostada y marchita por los abrasadores vientos de impureza que recorren

la sociedad actual, secando corazones, óyeme!

¿Has tenido la grandísima suerte de caer en manos de una buena madre, de una madre vigilante como hay pocas, penetrada de su misión altísima, que ha velado diligente por tu inocencia, y, merced a sus cuidados y desvelos, te conservas pura como los ángeles de Dios, para que la tierra no sea todo un lodazal? ¿Sí, verdad?

Y, claro, tu alma ingénuo ha sido alimentada en una piedad sincera y nutrida frecuentemente en la mesa Eucarística, y más de cuatro veces has soñado que te hallabas entre los angelitos de Dios, unida a sus celestiales contentos, y debajo de tu hermosa y serena frente no ha habido más que pensamientos dignos de una virgen cristiana, y no conoces los inmundos escordrijos de la malicia humana; por eso para ti es todo ello, todo de color de rosa, y los hombres muy buenos, muy simpáticos, muy amables. ¡Ah! pues mira, te lo voy a decir a ti sola y en confianza, muy por lo bajo: eres un cervatillo entre chacales, un inocente cordero entre lobos.

Y ahora que ya eres una pollita, casi una mujer, pues ya cumpliste los diecisiete abríles, y el mundo te sonríe atraente, es necesario—te se dice—dejar las muñecas, y corresponderle, y alternar.

Y para hacer boca, como quien dice, se trata de llevarte a los bailes de Carnaval, un tanto aligerada de ropas, para que te vayas curando de espanto...

Palomica blanca y pura, no quieras, no quieras de ningún modo entrar en esos focos, en donde sólo se respira la más profunda abyección moral. Porque, ¡ay! si vas, encontrarás, sí, gentes sonrientes y alegres; jóvenes pisaverdes y disolutos, querrán danzar contigo entre sus impuros brazos, con sus penetrantes miradas atolondrarán tu alma ingénuo y sencilla, te dirán cosas al oído, que agostarán tu corazón, y después de haber andado perdida entre la turbamulta y re-

voltijo de danzantes, ya no serás la palomica blanca, ni el cervatillo ingénuo, ni el cordero inocente; tu corazón ya no gozará de la placidez del corazón del justo, y tal vez no volverás a soñar con los angelitos del cielo, creyéndote entre sus celestiales contentos...

¡Jóvenes inocentes y piadosas,

huid de los bailes y sobre todo de los de Carnaval, si no queréis perder la inocencia, y la piedad, y llenar vuestro corazón de crudos remordimientos, y entristecer al purísimo Corazón de Jesús! Si vais, ¿con qué cara os presentaréis a recibirle en la primera ocasión?...

TITO

CARNAVALINA

Mascarita, mascarita, que pascas atre-
(vida derrochando los placeres y plétorica de
(vida, recreándote en los juegos y canciones
(del amor. Desenvuelta, vas mostrando en tus lo-
(cas diversiones que seducen y aprisionan los incautos
(corazones, que desprecias las virtudes y marchi-
(tas el honor. No te tapes ya la cara, mascarita bulli-
(ciosa, que la gente te conoce y supone, ma-
(liciosa, que en asuntos de la honra usada tienes
(que perder. Tus canciones, tus vestidos y tus ojos
(te traicionan tus modales, tus folgorios atrevidos
(hoy pregonan la lujuria y desenfreno que en tu pe-
(cho suele arder. ¡Desgraciada mascarita! Hoy se ríe;
(nunca llora; su hermosura y gentileza en el mundo
(brilla ahora, en el mundo que la invita a los goces
(y al reír; mas vendrá después la muerte y en la
(fría sepultura guardará la mascarita; y en castigo a
(su locura para siempre ¡pobrecita! sin consuelo
(ha de sufrir.

¿No comprendes mascarita, que eres
(pobro, que eres nada,

que se pasan los placeres y se queda,
(allá grabada en el alma pecadora la lanzada del
(dolor? ¿No comprendes, pobre niña, que te fia-
(gen ilusiones los impúdicos deseos de atrevidos co-
(razones sostenidos y avivados por el diablo tea-
(dad? ¿No reparas, infeliz, que la flor más
(bella y pura se deshoja si la oprimen y se va su ga-
(lantea si en atmósfera asfixiante se la obliga
(a resistir? Pues el alma, que es más bella que las
(más hermosas flores, engolfada en los placeres, pierde aro-
(mas y colores; y las cosas celestiales no consigue ya
(sentir.

Quita, joven, los vestidos que son
fuego del averno; borra todas tus locuras, y a los brazos
(del Eterno, prometiendo santa enmienda, no re-
(des el llegar que las lágrimas que brotan de una po-
(bre arrepentida son consuelo en sus dolores, y después
(será la vida que a la incauta «mascarita» dé el so-
(ñor al perdonar.

FR. EDUARDO R. SEVILLANO, O. P.

¿Qué es la pluma...?

En manos de un sabio es autorcha que alumbra las tinieblas de la ignorancia, mensajera de sus ideas, depositaria de sus más íntimos secretos.

En manos del historiador es azada que remueve las ruinas, piqueta que abre brecha en las tradiciones olvidadas, palanca que pone en movimiento los siglos.

En manos de una mujer, la confidenta de sus acciones y la trompeta que pregonan sus virtudes.

En manos de un ignorante conserva su calidad de... pluma de ganso.

En manos de un crítico es, alternativamente, cetro de caña y fusil maúser.

En manos de un periodista es susceptible de mil formas: participa de batuta y de gancho de trapero, de vara de Aarón y de vara de medir.

La Nueva Bula

DIALOGO

Aquí estoy señor Cara, a ver si seguimos nuestras charlas sobre la Bula.

—Muy bien, Ramón. Hablaremos un rato sobre los grandes